



PUESTA AL DIA DE MONUMENTOS

Que los monumentos son un invento del XIX, como el ferrocarril y el Manifiesto Comunista, es algo que puede llegar a saber cualquiera que se lea un libro de Alianza Editorial, que en alguno de ellos debe decirlo. Una vez sabido esto, puede empezar a lamentar la falsa imagen que los pueblos nos dan de sí mismos a través de sus monumentos. De esta forma, cualquier visitante un poco crédulo que vaya a Gran Bretaña puede caer en el engaño de pensar que a la Armada Invencible la derrotó la reina Victoria, y que Gibraltar nos lo quitó la reina Victoria, y que el té de las cinco lo inventó la reina Victoria. De tal modo, en Francia los visitantes crédulos pueden pensar que en el restaurante del segundo piso de la Torre Eiffel cayó un héroe de la resistencia el día que iba a arder París, y que en los camerinos del Moulin Rouge cayó otro héroe de la resistencia, y que en las librerías españolas de la orilla izquierda cayeron otros tantos héroes de la resistencia, de apellidos Rodríguez, Sánchez y López.

Grandilocuencia, retórica, historia de buenos y malos, quizás nadie ha incluido en un próximo Plan de Desarrollo el mal que los monumentos juegan a las historias nacionales. Todas las ciudades españolas están llenas de monumentos a alcaldes de la Unión Patriótica que hicieron un parque, a poetas locales que consiguieron estrenar dramas históricos gracias a su condición de ministros de Ultramar. Mucho Dos de Mayo y muy poca Numancia, porque lo de Daoiz estaba más cercano cuando los escultores empezaron a tener su vejez asegurada a base de cañón roto y paloma de la paz en bronce.

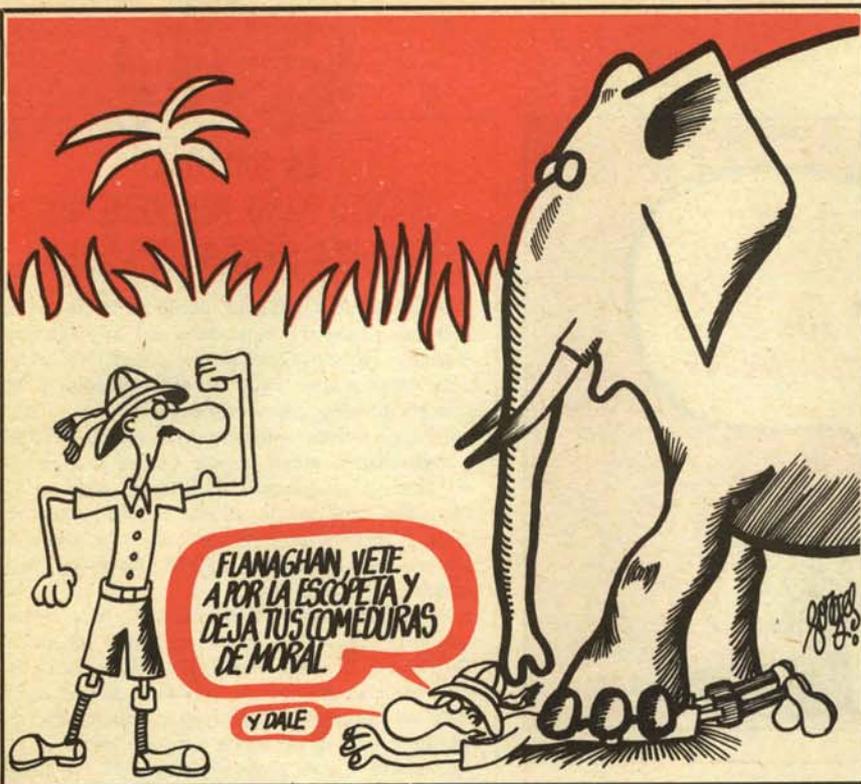
Ahora parece que está más parada la fiebre de los monumentos, lo que no deja de ser tranquilizador, ya que ésta puede ser una prueba de que España, aunque no esté ingresando en el Mercado Común, sí está en cambio abandonando el siglo XIX. Un bonito monumento de esta hora podría ser no otro que un cartel de carretera, con la estética crepuscular de las letras azules reflectantes, que dijera: «Está usted abandonando el Siglo XIX. A Europa, unos cuantos años más».

Y debajo, la fecha, que nos olvidamos a cada paso que desde estos años aciagos, muchos futuros licenciados en Físicas se van a hartar de reír con nuestras cosas. Y les vamos a dar una imagen falsa. Irán por esas calzadas de la Redia —para aquel entonces visitables, como lo deberían ser desde ahora mismo los Firmes Especiales de Primo de Rivera— y se encontrarán con monumentos al Camionero, al Pastor, a la Madre de la Familia, al Caballo, a la Vaca, al Molino, a la Carreta. Creerán que la España de los años setenta era un país de camioneros, de pastores, de madres de familia felices, de caballos Sánchez y no Domecq, de vacas, de carretas. O sea, que nos estamos haciendo un flaco servicio. Cuando el Merimée del siglo XXI venga a España, viendo tales monumentos, le dará a Carmen el papel de presidente de una asociación de madres de familia, a don José el de camionero y a Escamillo el de pastor. No sabemos cómo encarnará el tópico del caballo, pero es fácil presumirlo.

De forma que sería mucho más real hacer los monumentos de acuerdo con la verdad de estos años. Hay que levantar cuanto antes en cada aldea el monumento a Raphael, a Manolo Escobar, al Seiscientos, al Pluriempleo, al gol de Amancio, a los Convenios Colectivos, al Cordobés, a la cartilla de la Seguridad Social, al Marca, a la Televisión, a la Lavadora Superautomática.

Y si sobra piedra, tiempo y ganas, se puede rematar con monumentos a Machado, a Ochoa, a Josep Lluís Sert, a Cernuda, a Alberti, a Picasso. Claro que esos, si es que queremos dar una imagen real del país, habrá que ponerlos por ejemplo de Perpignan para arriba.

ABE



GRUPO INCONTROLADO APEDREA EL MEDITERRANEO

Un grupo minoritario de unos seis mil jóvenes adictos a las buenas enseñanzas en general, consciente de que la etapa del verano oxida las costumbres practicadas en otras estaciones (como la caza del anarquista, el incendio de librerías y el rasgar cuadros de arriba abajo), ha decidido no dejar enfriar los músculos del cerebro. Para ello, todo el grupo se ha desplazado a la costa del Mediterráneo en sus distintos puntos de disfrute y ha apedreado las zonas más erosionadas por el pecado estival. La agresión, esta vez, ha sido simbólica. Los jóvenes se limitaron a apedrear las azules y limpias aguas de nuestro litoral latino. Pero

en vez de piedras, lo que arrojaron sobre el mar fueron trozos de intelectuales que conservaban refrigerados para un espectáculo semejante. Además, tiraron puñales mozárabes y distintas clases de hojas parroquiales con el fin de desinfectar, siempre simbólicamente, las mareas agostañas. El turismo aplaudió mucho, ya que creía que se trataba de una manifestación para por fin conseguir que se legalice la trata de blancas y algunos que otros caprichos. No hay que lamentar víctimas, aunque, eso sí y por descontento, ahora el marisco en toda la costa mediterránea sabe a panfleto. Y poco más.

LUIGI SAMETEGAL

